

deramente comida, y su Sangre verdaderamente bebida. (En la *Suma* de Santo Tomás, p. III, q. 75, a. 1.)

Es cierto que nosotros, con nuestra pobre inteligencia, no llegaremos nunca á comprender el Misterio eucarístico, como tampoco comprendemos otros muchos misterios del orden natural; pero ¿qué importa? Dios lo dice, la Iglesia lo enseña, la fe lo demanda, la razón no puede contradecirlo: es la creencia de todo el cristianismo; los hombres más sabios y más santos lo han creído, por consiguiente, creamos. «No resistamos—dijo el Crisóstomo—á los oráculos divinos, aunque nuestros sentidos no lo perciban y nuestra razón no lo comprenda; porque Dios es infalible y nosotros fácilmente nos engañamos. Y pues El ha dicho: *Este es mi Cuerpo*, demos de mano á toda vacilación y á toda duda; cautivemos nuestro entendimiento en obsequio de la revelación eucarística, y digamos sencillamente: *Creo*. (San Crisóstomo: Homilía 82, in *Matth.*, n. 4.)

## CAPITULO XVI

### Más pruebas sobre la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía.

1. El amor del corazón de Jesús todo lo soporta por nosotros.—2. Vano empeño de los impíos contra el Santísimo Sacramento.—3. El corazón de Jesús en la sagrada Eucaristía no cesa de prodigarnos favores.

**L**AS delicias del género humano es Jesucristo en el Santísimo Sacramento. Su corazón divino se encuentra en la sagrada Hostia de igual manera que está en el cielo; y aunque el Señor previó todas las injurias que los hombres ingratos é impíos le habían de inferir en el Sacramento eucarístico, sin embargo, su amor todo lo venció, y le instituyó, y se quedó en nuestros altares, y allí quiere ser adorado y que le busquemos para recibirle como alimento y para ser deificados cuanto lo consiente nuestra humana naturaleza. *La caridad de su amantísimo corazón*—dijo San Pablo (I Cor., XIII, 7)—*todo lo sufre, todo lo soporta*. ¡Oh piélago infinito del divino amor, y cuán poco lo estiman algunos cristianos!

2. Hemos visto un emblema que representa algo el amor incesante del corazón de Jesús para con los hombres, y el vano empeño con que los herejes le niegan en su Sacramento de amor. Figura dicho emblema una noche estrellada, con luna refulgente, y un perro ladrando á la luna, con esta inscripción: INANIS IMPETUS, vano empeño (1).

Verdaderamente así es. Aunque los enemigos del Santísimo Sacramento ladren contra El como canes inmundos, cual expresa el emblema, y aunque el infierno entero arroje su furor en odio satánico al corazón de Jesús, verdadera y realmente presentísimo en la sagrada Eucaristía, marcha, sin embargo, esta luna mística siguiendo su curso apacible, despreciando todos los dictorios, oprobios y blasfemias de los infelices herejes, á quienes podemos decir: INANIS IMPETUS, vano es vuestro empeño, porque el

(1) Ginther: *Speculum amoris*, Consideratio XXVI.

corazón de Jesús es amor, y el amor todo lo vence. *Super omnia autem vincit Veritas.*

3. A la manera que aquella piedra del desierto, herida dos veces en forma de cruz con la vara de Moisés, suministraba aguas abundantes que salían de su interior para beneficio de aquel pueblo ingrato, murmurador y rebelde, así también el amabilísimo corazón de Jesús en la santísima Eucaristía, por más que se encuentre ofendido de los hombres, se halla siempre derramando sobre ellos sus favores, suministrándoles las aguas de la gracia divina; es más, el corazón deífico nos mira con ternura indecible y nos sigue, ora cuando estamos enfermos, visitándonos en nuestras propias casas, por miserables que sean, ora saliendo de su morada por las calles y plazas como en busca de nuestras súplicas, ora excitando nuestros corazones para que nos apresuremos á recibirle sacramentado. ¡Oh bondad infinita del corazón divino, que no desechó á la pecadora Magdalena, ni á la mujer adúltera, ni á los leprosos desagradecidos, ni á los tullidos y ciegos, ni á ninguno de los enfermos y pecadores! ¡Hasta á los fieros herejes que le persiguen desea favorecerlos, para que se conviertan y se salven!

Por eso nosotros, deseando ser fieles imitadores del corazón de Jesús, é inspirándonos en su amorosa ternura para con las almas extraviadas é incrédulas, no vacilamos en añadir ahora un nuevo capítulo para probarles que el dulcísimo Redentor se encuentra real y verdaderamente presente en la sagrada Eucaristía. Esto se evidencia:

- 1.º Por la creencia constante, invariable y universal de la Iglesia.
- 2.º Por la imposibilidad de que este misterio sea invención humana.
- 3.º Por confesión de los herejes y por los milagros.

### § I

#### DE LA REAL PRESENCIA DE CRISTO EN LA EUCHARISTÍA, PROBADA POR LA PRÁCTICA DE LA IGLESIA

4. La ley *del secreto* referente á la Eucaristía — 5. Calumnias á los primeros cristianos. — 6. La práctica de la Iglesia. — 7. Argumento de prescripción respecto de la real presencia de Jesús en el Santísimo Sacramento.

Probada en el capítulo anterior la real presencia de Jesús en el Santísimo Sacramento, por el testimonio de las *Sagradas Letras*,

por la *Tradición* y por los santos *Concilios* de la Iglesia católica, conviene ahora completar la prueba, para confusión de los herejes, poniéndolos ante los ojos la creencia universal, constante é invariable de la misma Iglesia.

4. Claro hemos visto que el Apóstol San Pablo creía y enseñaba la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía; y con él se hallaba identificada la Iglesia primitiva. En aquellos tiempos primeros del Cristianismo se ocultaba, es verdad, el Santísimo Sacramento, y se prohibía hablar de él en público, con la ley que llamaban *del secreto*; pero esto era únicamente por no exponer al Señor á las burlas groseras de los paganos. *Ley que no hubiera tenido razón de ser si la Eucaristía hubiese sido sólo una simple figura de Jesucristo.*

5. Sin embargo, por mucho que se trató de ocultar el misterio, no fué tanto que dejara de traslucirse, y de aquí se originaron las calumnias de infanticidio y antropofagia con que afligieron á los primeros cristianos. Aludían evidentemente á los sagrados banquetes eucarísticos con que alimentaban sus almas con *el cuerpo y la sangre de Cristo nuestro Señor.*

Refiérese en las actas de los mártires que, habiendo unos paganos oído decir á esclavos catecúmenos que los cristianos celebraban en sus misteriosas reuniones banquetes de carne y sangre humanas, el pueblo entero de Lyon se enfureció contra los fieles. Los jueces pretendieron arrancar el secreto á la virgen Blandina á fuerza de tormentos, más la joven y humilde sirvienta halló medio de refutar la calumnia con prudencia exquisita, sin revelar el secreto de los santos misterios. — «¿Cómo — respondió — han de comer niños los cristianos, cuando hasta la sangre de los animales tienen inhibida? (1).»

6. Por fin llegó un tiempo en que los cristianos fueron menos perseguidos y el Cristianismo menos odiado, y entonces salió de las sombras el Santísimo Sacramento como luz esplendorosa para iluminar el mundo con eternos fulgores, y el corazón de Jesús, palpitando de amor en el misterio eucarístico, fué objeto constante de las adoraciones de los fieles, y el santo sacrificio de la Misa su tesoro regalado, y recibir la Comunión su delicia suprema; y esto se halla de tal suerte comprobado, que las *liturgias* de todos los siglos admiten las palabras de Jesucristo en la noche de la Cena en su sentido natural, siempre rindiendo á la Hostia consagrada las ado-

(1) Ruinart.: *Act. Mart.*, pág. 51 et sep. Edit. Veron., 1731.

raciones debidas á solo Dios, y los Santos Padres, todos á una voz (como antes hemos probado), repiten en todas las formas y maneras aquellas palabras de San Justino: *No es pan común, ni una bebida ordinaria lo que nosotros recibimos en la Eucaristía, sino la Carne y la Sangre del Verbo de Dios, encarnado por nuestra salvación* (1).

«¡Oh prodigio de los prodigios! — exclamaban los Santos Padres asombrados. — ¡Cristo nos da su carne, mientras que su divina persona es inmola por nosotros! Cuántos dicen: «Yo querría ver su »figura, sus rasgos, su hermosura, ó á lo menos su vestido ó sus »sandalias.» — ¿Sí? Pues en la Eucaristía es á Él mismo á quien veis, con los ojos de la fe, á quien tocáis, á quien coméis. Pensad quién es, y adoradle, porque ese mismo cuerpo es el que está en los cielos y al que reverencian los ángeles y querubines. Ellos tiemblan en su presencia; ni osan mirarle, deslumbrados por el esplendor de su gloria; y nosotros... ¡nosotros le comemos, y nos unimos con Él! ¡Qué fineza de amor! (2).

Y como de igual ó semejante manera se expresan todos los Santos Padres, antiguos y modernos, como cualquiera puede ver en sus obras, forzoso es convenir que el dogma de la real presencia de Jesucristo en la sagrada Eucaristía es, entre las tradiciones cristianas, la más sólida y firmemente comprobada (3).

7. Ahora bien: de todo lo dicho hasta aquí puede sacarse, en confirmación de esta verdad, el argumento que llaman de *prescripción*, ó sea un razonamiento por el cual, partiendo del hecho actual innegable de la creencia unánime de la Iglesia en este punto, se puede evidenciar dicha verdad remontándose á Jesucristo, que fué el primero que la enseñó. Hagamos el ensayo.

Es un hecho de todo punto cierto que actualmente la Iglesia católica, en su totalidad, cree el dogma de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía. No se puede negar.

Es igualmente cierto que esta creencia ha tenido un origen, y

(1) Non enim communem panem, neque communem potum haec sumimus, sed quemadmodum per Verbum Dei incarnatus Jesus Christus Salvator noster, et carnem, et sanguinem pro salute nostra habuit. (S. Justin., in apolog. 2, ad Antoninum, imperatorem.)

(2) S. Crisost., homil. 51, in Matth.—Homil. 83, in Matth.—Homil. 3, in Epist. ad Ephes.

(3) En cuanto á las liturgias que muestran esta verdad, pueden verse: Lebrun, *Explication de la Messe*.—Bona: *Rerum liturgicarum*.—Tomasi: Oper. t. I, parte I, *De liturgia et psalmodia antiqua*.—Renaudot: *Liturgiarum orientalium collectio*.—Assemani: *Codex liturgicus Ecclesiae universae*.—Mabillon: *De liturgia gallicana*.—Muratori: *Liturgia romana vetus*.—(Monsabré: *De Eucaristía*, confer. 67.)

que este origen se ha de encontrar remontándose de siglo en siglo. Tampoco se puede negar.

¿Ha habido *un tiempo* en que dicho dogma no existía y otro tiempo en el cual se comenzó á manifestar? ¿Ha habido *un país* en el cual fué anunciada por primera vez y *una persona* que fué la primera que le dió á conocer? Sí, ciertamente; y todo esto es innegable.

Por último: ¿Es cierto que, remontándonos de un siglo á otro, partiendo del nuestro, nos encontramos esta creencia admitida, no como *nueva*, sino como *transmitida* por el siglo precedente, hasta llegar á los tiempos apostólicos, ó sea á los Apóstoles, quienes la expusieron como venida de Jesucristo, su divino Maestro?—Todo esto es certísimo, como igualmente lo es que Cristo nuestro Señor instituyó la divina Eucaristía, diciendo: ESTE ES MI CUERPO, ESTA ES MI SANGRE. Luego, ó hay que aniquilar la historia y la lógica, y decir que toda la historia es mentira y que todos los cristianos de diecinueve siglos son locos de atar, ó es preciso conceder que *Jesucristo, Dios y hombre verdadero, se halla real, verdadera y substancialmente presente en la Sagrada Eucaristía*.

Pero, aun suponiendo que este argumento y los anteriormente aducidos no lleven la persuasión á los entendimientos extraviados, nos encontramos con otro abrumador é ineludible, que no podemos omitir, á saber:

## § II

MUÉSTRASE LA REAL PRESENCIA DE JESUCRISTO EN LA EUCARISTÍA, POR LA IMPOSIBILIDAD DE QUE ESTE MISTERIO SEA INVENCION HUMANA.

8. Imposibilidad de que el Misterio eucarístico sea invención humana.—9. Imposibilidad de que fuera creído sin el carácter divino.—10. Todo el Cristianismo ha creído este dogma.—11. Es imposible que se haya engañado.

8. Con efecto; la dificultad, ó, mejor dicho, la imposibilidad de inventar el gran Misterio eucarístico y sobre todo de hacerle creer á los fieles cristianos, es de suyo evidente. El entendimiento del hombre no ha podido nunca por sí mismo elevarse á la concepción del dogma de la Eucaristía, porque él es de tal suerte opuesto á todo lo que nos muestran los sentidos y á todo lo que nos enseña la experiencia, que ni aun imaginarlo era posible, puesto que la imaginación, según pregonan los filósofos, no es

más que una como continuación de los mismos sentidos, con la facultad de combinar sensaciones anteriormente tenidas. ¿Y quién ha sentido nunca, ni experimentado la conversión de las substancias en otras enteramente diversas, permaneciendo los mismos accidentes, cual si no se hiciera la conversión?

Es verdad que el dogma de la Eucaristía *no es contrario á la recta razón*, pero también lo es que él *supera* en mucho á todo cuanto la razón puede entender, discurrir é imaginar; por consecuencia, el entendimiento humano se halla impotente para hacer tales invenciones, y si por ventura le ocurriera la idea del Misterio, la desecharía al punto, como cosa imposible á las solas fuerzas de la inteligencia del hombre (1).

9. Demás de esto, aun suponiendo que el hombre hubiera podido con su entendimiento natural concebir el dogma eucarístico, no hubiera nunca osado proponerle á la creencia del género humano; porque toda aserción nueva, y mucho más ésta, tan extraordinaria y transcendental, necesita de pruebas para ser creída, necesita apoyarse en motivos razonables de credulidad; pero ¿en qué pruebas humanas podría el inventor del dogma de la Eucaristía apoyar sus afirmaciones para convencer los entendimientos de tantos millones de cristianos y en el transcurso de tantos siglos? El absurdo aparece evidente, y por poco que dicho inventor discurriera, habría comprendido que con sólo proponer el Misterio, se hubiera expuesto á las burlas y al desprecio de las gentes. Pero aun dado caso que el hombre hubiese podido inventar el dogma eucarístico, y que su osadía é insensatez hubiera llegado al extremo de proponerle á los fieles, era imposible que jamás hubiera llegado á persuadirles; porque la grandeza inefable de dicho dogma se halla en regiones muy superiores á la pobre razón humana, y en manera alguna puede ser aceptado y creído razonablemente, á no ser *apoyado en la palabra de Dios*, que puede hacer mucho más de lo que nosotros podemos comprender. El infeliz mortal que hubiera propuesto tan excelso Misterio sin fundamentarle en la palabra divina, indudablemente hubiera sido mirado como loco despreciable.

(1) Omnibus adversariis fatentibus, Eucharistiae mysterium, per inde ac reliqua mysteria religionis nostrae, humane rationis captum superat. Jam vero implicat, ostendi posse quidpiam rectae rationi adversari, quod eam excidit... Etsi daremus eos optime callere naturam corporis, nullan adaequantam ideam aut cognitionem habent status seu modi sacramentalis, quo Christi corpus praesens est in Eucharistia. (Perrone: *De Euchar.*, prop. III, n. 105.)

10. Ahora bien; la humanidad cristiana ha creído siempre y cree hoy en el dogma sacrosanto de la Eucaristía; en todos los siglos ha habido *adoradores* del Santísimo Sacramento, que se han prosternado diariamente ante la Hostia consagrada, proclamándola como su Dios y tributándola todos los obsequios divinos: innumerables mártires han dado su vida por defender esta verdad consoladora; genios eminentes y talentos sublimes han desplegado las alas de su inteligencia para ensalzar en sus cantos al Dios de nuestros amores en el Santísimo Sacramento; artistas de fama imperecedera, elevados por la fe en la sagrada Eucaristía, han legado al mundo monumentos grandiosos de su ingenio, dejando grabados en lienzos, en mármol y en acero los símbolos augustos del Misterio eucarístico; Reyes poderosos y príncipes excelsos, en unión de grandes potentados de su corte; han erigido magníficos santuarios para perpetua morada del Dios omnipotente en el Sacramento de su amor; congregaciones innumerables de almas piadosas, hombres y mujeres, ricos y pobres, han consagrado su vida entera exclusivamente á la adoración del Santísimo Sacramento, conservándole día y noche expuesto en los altares, como objeto constante de su culto y de sus más finos amores.

11. ¿Es posible que tantos millones de personas ilustres en artes, en ciencias, y sobre todo en santidad, hayan sido víctimas de una ilusión piadosa? ¿Es posible que el mundo entero, y en una larga serie de siglos, haya sufrido engaño?—No, de ninguna manera; esto no puede ni aun imaginarse. La Iglesia de Jesucristo, divinamente instituida, Maestra infalible de la verdad, al profesar hoy el dogma de la Eucaristía, no hace más que seguir la tradición constante de todas las Iglesias del universo, lo que enseñan unánimemente todas las liturgias, los ritos y las ceremonias, los templos y los altares, los ornamentos y vasos sagrados; no hace más que creer, profesar y adorar lo mismo que creyeron, profesaron y adoraron millones de católicos de todos los siglos, desde Jesucristo hasta hoy, prosternándose todos, de generación en generación, ante la adorable y augusta presencia de Jesús Sacramentado. El católico de hoy cree lo mismo que siempre ha creído la Iglesia; la Iglesia cree lo que creyeron los Apóstoles; los Apóstoles creyeron lo que dijo Jesucristo, y Jesucristo dijo: *Tomad y comed, este es mi Cuerpo. Tomad y bebed, esta es mi Sangre.* ¿Es posible que Jesucristo nos haya engañado, y que todos los sacerdotes de la Iglesia católica nos engañen cuando diariamente nos dicen: *He aquí el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo?*